

“dor, como dice San Pablo, vino á resplandecer en medio de todos los hombres, para enseñarnos á arrojar los puros de las pasiones y sentidos, y á vivir en la sobriedad, en la justicia y en la caridad, esperando el cumplimiento de la bienaventurada esperanza, y el advenimiento de la gloria del gran Dios, y de Jesucristo nuestro Salvador, que se sacrificó por nosotros para purificarlos de toda mancha, y con el fin de consagrar para sí un pueblo escogido, que no se emplease sino en la práctica de lo bueno, justo y loable.” En estas pocas palabras se encierra la filosofía mas pura y sublime que jamas se ha propuesto á los hombres, y nada tienen, digámoslo así, de sobrenatural, sino el sello de una sancion divina, y la union de una eterna felicidad en los sentimientos impresos naturalmente en el corazon de todos los hombres de bien.”

## CAPITULO VI.

### CONTINUACION DEL ANTECEDENTE.

Filemon refiere aquí una particularidad que dió motivo, por parte de su director, á una segunda instruccion, tan llena de la uncion del espíritu divino como la primera.

“Las lecciones de este santo sacerdote, dice, formaban las delicias de mi corazon, y yo las meditaba sin cesar, sintiendo cada vez nuevos hechizos que hermoseaban el dulce yugo de la religion. Recorriéndolas por la memoria un dia que me estaba paseando por los claustros de los cartujos, llegué á ver en lo mas oculto de un pabellon que formaban unos árboles enramados, á un religioso hincado de rodillas con un Crucifijo en la mano, en quien tenia clavados sus ojos con la mayor ternura, y

que aplicaba repetidas veces á su boca. Me acerqué á él silenciosamente para no interrumpirle, y mirando con particular cuidado sus facciones por entre los frondosos ramos que formaban aquel oculto retiro, me pareció distinguir el rostro del infeliz Oronte, cuya trágica historia dejo referida. Quedé del todo turbado y conmovido al ver una semejanza tan perfecta, y me mantuve inmóvil por largo rato, sin saber si seria él mismo el que estaba presente á mis ojos, ó acaso era ilusion de mi fantasía. ¡Qué es esto, Dios mio! exclamé. ¿Si será Oronte? ¡Mas ay! ¿Cómo el que ya duerme en el sepulcro podrá adoraros entre los vivos? Pero ¿puedo dudar de que es Oronte? . . . Pronuncié sin querer estas palabras en voz bastante alta, cuando levantándose precipitadamente me dijo: No te engañas, Filemon (porque en efecto era él mismo). ¡Ay amigo! continuó, juzgué, sin que nadie llegase jamas á saberlo, sepultar aquí los restos de una vida manchada con los mayores vicios y desórdenes. ¿Por qué raro acaso has venido á descubrir un secreto que debia morir conmigo en este profundo retiro? ¿Pero qué es lo que veo? ¿lloras? . . . ¡Tú con las señales del hombre justo? . . . ¡Gran Dios! ¿habrá herido á un mismo tiempo dos corazones endurecidos con iguales desarreglos, el rayo de vuestra divina voz? Acaba, Filemon, explicame este arcano. Una misma admiracion nos ocupa, y sin duda la divina bondad me reservaba este consuelo, el único que me faltaba despues de tantos como ha derramado incesantemente sobre mí.”

“Luego que volví de aquella primera sorpresa y recobré la tranquilidad de mi ánimo para poderle hablar, le conté cuanto me habia sucedido desde la última mañana que nos vimos, y en la que vinieron á decirme que le habian hallado muerto en su cama. Oronte escuchó toda mi relacion lleno de una admiracion y alegría inexplicable; y si pretendiese descubrir su conmocion y afecto

tos, debilitaría sin duda la idea de una pintura original que no admite copia. Entonces comenzó así la historia del acontecimiento que causó la mudanza de su corazón, y le determinó á renunciar al mundo." ¿No reparaste, me dijo, la última vez que nos vimos, que una persona que habia cerca de nosotros esperaba que te fueses como para decirme un secreto? Pues con efecto, luego que me dejaste solo, llegándose á mí me dijo: Usted se ha atrevido á desmentirme injuriosamente delante de muchas gentes, y V. ha de saber á lo que se obliga el que me ultraja. Aquella persona era Valmont, hombre soberbio y vano, que tenia el insoportable defecto de sostener con una inflexible obstinacion, las proposiciones mas absurdas, sin mas que por ser él quien las proferia. A la verdad, el dia antes le contradije agriamente las falsedades y desatinos que proferia con un tono magistral y aun ofensivo para cuantos teniamos la desdicha de escucharle. Despreciaba demasiado á aquel hombre orgulloso para que difriese para el dia siguiente la aceptacion de su desafio, y así nos fuimos inmediatamente á medir las espadas á la luz de la luna. A las primeras embestidas advertí correr sangre del brazo de mi competidor; compadecíme, y le propuse que dejásemos ya de reñir; pero su respuesta fué mirarme con unos ojos encendidos y furiosos. Conocí entonces su empeño en que habiamos de quedar uno ú otro en el campo, y así empecé á defenderme con aquel ciego valor que inspira necesariamente en el hombre la terrible alternativa de haber de matar ó morir. Mi enemigo, en medio del feroz delirio que le privó de todo sentido, se precipitó casi por sí mismo en la punta de mi espada, pasándose con ella el pecho, y cayó en tierra bañado en su propia sangre. Aunque yo no habia recibido herida alguna, caí tambien en tierra atónito y desmayado; pero tuve la felicidad de que mi pariente Belzors, habiendo llegado á traslucir al-

guna cosa del desafio, por un conducto que ignoro, llegó en aquel punto, y recogíendome en su berlina me trajo á este monasterio de cartujos. Era conocido del prior, y contándole mi desgracia, le suplicó que me refugiase en el convento mientras que se calmaban los primeros resentimientos, que no dejaria de excitar aquel suceso trágico en la familia del difunto. Tomada esta primera precaucion, pasó Belzors á mi casa á verse con mi mayor-domo, y le hizo creer que mi enemigo y yo habiamos quedado muertos en el desafio; cuya diligencia hizo con el fin de extender esta voz por cierto tiempo para precaver las informaciones y pesquisas; y es muy probable que el primero que te participó esta noticia, no habiendo oido decir sino que yo habia muerto, juzgó y afirmó que habia amanecido muerto en la cama. Ademas de que la vida retirada y religiosa que has tenido desde entonces en el convento de San Lázaro, te ha imposibilitado de saber la verdad de estas y otras novedades; ni tampoco extrañaria que las ignorases hasta ahora, aunque vivieras en el mundo, pues todavía están los mas en el error de que entrambos quedamos muertos de resultas de aquel duelo."

"Ocupado yo únicamente en pensar en la irreparable desgracia de haber manchado la tierra con la sangre de un hombre, no tomaba el mayor interés en el éxito favorable del artificio que se empleaba para librarme de la severidad de las leyes y de la venganza de su familia; y aunque hice cuanto estuvo de mi parte para conservar la vida del que procuraba mi muerte, sin embargo, aquella espantosa imágen de un cuerpo revolcado en su misma sangre y cubierto con el polvo, me perseguia por todas partes y me inundaba en un océano de reflexiones lúgubres. Con este motivo meditaba profundamente sobre los excesos á que conducen el orgullo, el ocio, el olvido de la religion, y todo el desórden de una vida frívola y

vana. Temblaba al pensar en el triste y eterno destino de los que mueren de repente, respirando todavía el furor de sus extremadas pasiones, y á impulsos de su último crimen. La idea de lo que yo mismo seria, si la muerte que ví tan cerca de mí no hubiese engañado el deseo que tenia Valmont de la venganza, acabó de desengañarme de la perfidia de los placeres, y de las máximas y costumbres del mundo. Ví con horror la profundidad del abismo donde iba á ser precipitado, y así cuanto habia querido hasta entonces, vino á serme odioso é intolerable.”

“En una situacion tan favorable para recibir los demas impulsos de la divina gracia, hubiera sido difícil resistir á la fuerza del grave y magestuoso espectáculo que la religion presenta todos los dias en este augusto retiro. ¡Qué hombres, Filemon! ¡Qué silencio! ¡Qué felicidad tan pura! Habia visitado este santo lugar en otro tiempo con Belzors, y me acordaba que desde entonces la vista de esta austera armonía elevaba mi alma, y comenzaba ya á sospechar que habia otras delicias sobre la tierra á mas de las que encontraba en vivir siguiendo las pasiones y costumbres humanas.”

“Esta es, Filemon, la causa de que viva aquí, y de que hayas hallado á tu antiguo compañero en las locuras y desórdenes, con el hábito de la penitencia; y para mí es un nuevo consuelo saber que el mismo suceso que me restituyó á la virtud y al arrepentimiento, ha sido la ocasion de que se sirvió la misericordia de Dios para conducirte á la religion. ¡Cuán admirable es esta combinacion de los designios de la bondad infinita! ¿Y quién hubiera esperado jamas que estuviese señalado un mismo instante en los consejos del Todopoderoso para la salud de los hombres, tan locamente entregados á la perversidad de las mas imperiosas é indelebles pasiones?”

‘Hizome Oronte otras muchas reflexiones sobre esta

inspiracion tan extraordinaria y celestial. Por lo que á mí hace, no podia volver en mí de la profunda sorpresa que me poseia, y al retirarme de aquellos jardines en que acababa de oír sucesos tan inesperados, exclamé de este modo: ¡He aquí, oh Dios mio, unas revoluciones que el mundo no admirará jamas, y que sin embargo son las únicas en que se manifiesta la accion de una fuerza superior é invisible, sin que en ellas intervenga nada de humano, y de las cuales, si queremos descubrir el origen, tenemos que recurrir á vos! ¿Pero por qué este encuentro no podrá ser un nuevo llamamiento que me advierta que aun no están cumplidos en cuanto á mí, todos los designios de vuestra divina misericordia? ¿Y por qué, Señor, mis esfuerzos para recobraros han de ser menores que los que ha hecho aquel á quien he igualado en la carrera del vicio? No, Dios mio; yo juro delante del cielo, que fué el único testigo de tan pasmoso descubrimiento preparado por vos, de venir á expiar los desórdenes de mi vida, siguiendo los pasos de Oronte, y sepultándome con él en un mismo sepulcro. ¡Qué! ¿mientras el compañero de mis antiguos vicios llora su iniquidad con el hábito austero de los mártires de la abnegacion, é incorporado en la severa sociedad de los atletas de la cruz, pasa su vida *meditando los años eternos*, y junta su lamentable voz á los graves cánticos que resuenan en el silencio de las noches por las solitarias bóvedas de un templo consagrado á los suspiros y á las lágrimas, mientras que yo tenga siempre presente esta idea, podré vivir en un magnífico palacio, en el seno de las comodidades y de los placeres? Sin duda el sábio director de mi alma aprobará una resolucion tan conforme á sus principios, y tan indispensable á la estabilidad de los sentimientos que me ha inspirado. Escríbele lo que me acababa de suceder en el monasterio de los cartujos, y la resolucion que fraguaba en mi espíritu. Su respuesta fué

la siguiente: “¡Cuán digno es, Filemon, de ser adorado aquel gran Dios, que en el mayor silencio, y en medio de todas las pasiones y trastornos mundanos, dispone y prepara las almas que ha escogido con el fin de elevarlas hasta el esplendor impenetrable de su reino! ¡Y cuán grande y magnífico viene á ser este mundo, aunque tan pequeño y despreciable por la puerilidad de los intereses que le agitan, cuando dirige la eterna sabiduría sus acaecimientos, y hace salir de lo profundo del lodo unas criaturas en quienes reverbera su gloria, conduciéndolo todo por unos medios profundos é inexplicables, al gran desenlace de la aparición de su reino, y á la ascension triunfante del cuerpo de los elegidos, al lugar de su alegría, de su descanso, y de su eternidad! Lo que tus ojos acababan de ver en aquel oculto retiro, á donde solo fuiste á buscar el inocente placer de un paseo solitario, es un ejemplo bastante admirable del poder que Dios ejerce continuamente, á pesar de los extragos de la corrupcion humana, para separar de ella lo que desde la eternidad habia resuelto glorificar en su morada sublime, y para exaltar con una rapidez, que admiran las potestades celestiales, á la dignidad mas augusta y venerable en la tierra, á los mas viles y perversos de los hombres. ¿Por qué medio ha llegado Oronte á ser repentinamente tan apreciable á los ojos de Dios? ¿Qué fuerza seria aquella, con que sin pensarlo se sintió fortalecido, cuando en el tiempo que menos esperaba le hizo superior al mundo, á sus pasiones y tinieblas, y á todo el inmenso peso de desordenadas costumbres que le constituian un perfecto modelo de depravacion y de impiedad? ¿De dónde le vino aquella luz que con tanta prontitud le iluminó sobre la vanidad de la vida y sobre las maravillas del siglo venidero? Esta es, Señor, vuestra gran obra, y solo vuestro dedo invisible es el que ejecuta en la tierra unas transformaciones tan inverosímiles á la creencia humana.”

“Tú mismo, Filemon, te has hallado, cuando menos lo pensabas, con una viva repeticion de aquel gran milagro de misericordia que viste obrar en tí mismo; y tu Dios solamente proporcionó un descubrimiento tan extraordinario, á fin de completarte la alegría que tuviste de haber salido del abismo de miserias en que estabas sumergido, y para calmar aquella pena amarga que se mezclaba con ella siempre que te acordabas de que Oronte habia muerto sin haber tenido tiempo de arrepentirse de sus vicios, y de purificar sus últimos suspiros. Pero la imágen terrible de una muerte precipitada é imprevista no pierde nada de su verdad y de su fuerza, porque no fuese sino una ilusion cuando obró sobre tu alma una impresion tan violenta y tan saludable; porque la desgracia que no le sucedió á Oronte se realizaba en aquel momento en todas las partes del mundo con otras criaturas tan culpables como tú, y tan mal dispuestas para comparecer ante la luz de Dios.”

“Mucho me alegro, amigo mio, al pensar en la noble y firme emulacion que te ha causado el ejemplo de Oronte; porque esta disposicion supone que tu alma está pronta á todo, y que es capaz de los mayores sacrificios. Si, los tabernáculos del Señor son infinitamente amables; mas sin embargo, debemos consultar las reglas prescritas por la moderacion, la prudencia y la sobriedad, hasta en la ocasión de buscar á Dios y á la verdadera sabiduría. Yo quiero, dice San Pablo, que seáis reservados y discretos en el bien. Todos somos llamados á la severa justicia del Evangelio; pero la eleccion de los medios que nos conducen á nuestra santificacion, no han de ser causa de un entero rompimiento con la sociedad, cuando la naturaleza nos une á ella con ciertas obligaciones de una importancia superior á los mas santos institutos; como por ejemplo, si estamos revestidos con el augusto y sensible carácter de ser padres de familia. Tu amable y virtuosa

compañera, cuando descendió al sepulcro, dejó unos hijos á quienes debes el amor, el amparo, la instruccion y el buen ejemplo. Oronte se hallaba aislado en medio del mundo; su retiro no turbaba en nada el órden social, y por consiguiente le era permitido entregarse sin reserva al ardor de su celo por la penitencia: mas por lo que hace á tí, ya Dios te ha señalado la ocupacion que debes tener en esta vida, cuidando de esta tierna y preciosa descendencia que crece y se alimenta á tu vista. Si este magestuoso y sensible espectáculo no ha contenido algunas almas extraordinarias que se retiraron á lo mas oculto de los desiertos, á pesar de los gritos de la desconsolada naturaleza, y rompieron la valla que les oponia su propia sangre, estas almas, digo, son unas raras excepciones reservadas á los divinos misterios, que no deben servir de norma para arreglar por ellas el curso de las obligaciones de la vida, ni para determinar el género de nuestras expiaciones y penitencias. Cuando vivias sin ley y sin principios, hubiera convenido á tus hijos que los hubieses abandonado, á fin de excusarles la vista de tus costumbres desenfrenadas é irreligiosas; pero ahora que encuentran en tí la virtud, con cuya imitacion serán dichosos, tu abandono les seria funesto, privándoles del mas seguro recurso que la bondad divina les ha preparado *contra el contagio de este siglo*. Tampoco has sido, Filemon, verdaderamente padre, sino desde que temes al Señor, y eres capaz de contar su gloria á las inocentes criaturas que llevan tu imágen sobre su frente y tu sangre en sus venas. Aquella esposa que era tan digna de tu amor y respeto, murió sin haber visto cumplidos sus mas preciosos deseos y mas tiernas esperanzas, rogando al santo Dios que la habia de juzgar, que mudase tu corazon y te hiciese digno del sagrado titulo con que te dejaba condecorado en este mundo. ¡Ah! Haz que goce en sus hijos de sus últimas lágrimas, y consué-

late tú mismo de las amarguras que causaste á su alma tan inocente y pura, sacrificándote á la instruccion y felicidad de los que llevó en su seno con tantos cuidados, y estrechó tantas veces contra su corazon.”

“¡Ah! jamas debemos oponernos á la naturaleza sino cuando se conoce que está depravada; porque procede de Dios, así como la religion y el afecto que nos une á nuestra familia se grabó en nuestros corazones por la misma mano que escribió en ellos la obligacion de adorar y de respetar al Ser supremo; ó por mejor decir, los principios de las obligaciones naturales y religiosas se confunden de tal suerte en su origen, que el mismo Dios nos presenta en los libros sagrados, como una verdad de sentimiento, la necesidad de amarle, nacida de aquellas impresiones mas íntimas é indelebles que se encuentran en nuestra alma; y para atraernos al cumplimiento de este deber tan consolador y tan santo, nos anima con el poderoso y vivo interés de la naturaleza y del corazon. ¡Oh hijos de Israel! decia Moisés á un pueblo ingrato y rebelde, ¿por qué os habeis olvidado de un Dios que tiene unos derechos incontestables á que le ameis y le seais agradecidos? ¿Por ventura no es él quien os ha criado, quien os ha dirigido é ilustrado, quien os ha escondido en su pecho y conservado como las niñas de sus ojos? ¿Y aquella admirable madre, en quien alaba el Espíritu Santo la sabiduría y la fuerza de sus palabras, sabes de qué medio se valió para que naciese en el corazon de sus hijos un sentimiento de amor divino, mas enérgico que todo el aparato de los suplicios preparados en su presencia? Pues renunció y cedió en favor de Dios su carácter de madre, dirigiendo toda su sensibilidad filial hácia aquel gran poder *de donde procede toda paternidad en el cielo y en la tierra*, en donde reside el principio y la perfeccion de cuanto la naturaleza tiene de mas tierno y amable. Les hace ver que participan de esta inmensa

magestad por medio de una correspondencia y una conexión infinitamente mas extensa é íntima que cuantos vínculos les unen con la madre que les dió la vida. Hijos míos, exclama, yo no sé quién os colocó en mi seno; ciertamente vuestra madre no os comunicó el alma é inteligencia que teneis, ni tampoco inventó el maravilloso órden de esos miembros, ni menos formó este tejido tan delicado, y esa organizacion tan admirable en que resplandecen los rasgos de la suprema sabiduría: vosotros sois la obra del gran Dios que crió los cielos, produjo la tierra, ahondó la concavidad de los mares, conoce el origen de las criaturas y formó al hombre; obra la mas acabada y perfecta de cuantas salieron de sus manos: últimamente, de aquel gran Dios que es la luz de las inteligencias, la antorcha de la sabiduría, el principio del movimiento, y el último y eterno asilo de todo lo criado.”

“Permanece, pues, Filemon, en medio de esas tiernas y sagradas prendas de una union, cuyo largo olvido debes enmendar de este modo. No hay sobre la tierra un empleo mas honorífico que el de enseñar á los hombres el conocimiento de Dios y el amor á la virtud; ni en ella se encuentra ocupacion de tanto interés y dulzura, como la de emplearse en este tan alto ejercicio, principalmente con los que tienen enlazada y pendiente de nosotros su felicidad, y que amándolos amamos á nuestra propia sustancia. ¡Qué delicia es pensar que aquella criatura que tanto nos interesa y es tan preciosa, *es el santo de Dios, y será llamada el hijo del Altísimo*, y elevada á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir jamas! ¡Oh religion divina! Tú sola satisfaces y coronas todos los deseos de la naturaleza, y solo para aquellos á quienes comunicas tu gran luz, está reservado gozar en toda su extension del placer de ser padre. Verdaderamente no se puede concebir de qué modo un corazon sensible, atendido el tierno interés que inspiran

los hijos, puede vivir sin las esperanzas de la fé, si las conoce; ni que pueda haber incrédulos entre los padres de familias. ¿Hay por ventura idea mas cruel ni mas capaz de emponzoñar en un corazon paternal el contento que causa la vista de los hijos, que no conocer entre ellos otra existencia real y cierta, sino aquel corto y triste intervalo que media entre la cuna donde oimos sus primeros gemidos, y el sepulcro donde todo es horror, polvo y ceniza? ¿Y quién podrá persuadirse que el paternal amor, mirando al fruto de sus entrañas, no quedará inconsolable si no cree que es inmortal y eterno? ¿Ni cómo su incomparable ternura podrá figurarse que las promesas del Evangelio son un sueño, y que aquel corazon tan cariñoso é inocente no amará algun dia á nadie; que aquellas manos tan suaves y acariciadoras no se asirán á nada, y que nada verán aquellos ojos, en los cuales brilla tanto candor, y á quienes anima una alegría tan amable al encontrarse con los de su querido padre? ¿Cómo, en fin, podrá explicarse á sí mismo la causa de aquel cuidado y amor tan irresistible que la naturaleza le imprimió hácia su hijo, y el deseo tan ardiente que tiene por la conservacion, aumento y felicidad de una cosa tan pequeña y de tan poco valor? Ignoro, á la verdad, Filemon, de qué modo se conduce un impío para consolar á otro á quien encuentra regando con sus lágrimas el sepulcro que oculta las frias cenizas de su hijo único; bien que el consolador debe temer semejantes encuentros, y no puedo dejar de persuadirme que en estos momentos tan crueles el incrédulo mas obstinado cree engañarse secretamente, y espera que el fruto de sus entrañas, cuyas memorias le son indelebles, viva en alguna otra parte mas que en su corazon. ¡Qué triunfo tan grande para la religion que sola ella en el mundo justifique nuestras mas amadas inclinaciones, y que no se la pueda abandonar sin entristecer á la naturaleza en su mas dul-

ce y pura pasión! No, Filemon, nuestro corazón, nuestros afectos, nuestros deseos, y todo lo que más vivamente sentimos en nosotros, nos dice que las relaciones que tenemos con la sociedad, con nuestra familia y con nuestros hijos, son perpetuas, y que nada de cuanto vemos bajar á lo profundo de los sepulcros cesa de existir y de vivir. Los escritores de la religión solamente nos anuncian que los deseos de todo el linaje humano se hallan cumplidos cuando nos revelan, en nombre del Dios eterno que los inspira, que la sociedad infinitamente perfecta de la eternidad es el origen y el modelo de la profunda idea que Dios concibió de formar la sociedad temporal; y que el cuerpo de todas las generaciones humanas es una unidad representativa de aquella que hace de las personas divinas un solo ente, en donde nada se opone ni disuena: unidad que no puede circunscribirse en el círculo estrecho de la duración del mundo, porque lo precedero no puede corresponder á la magestad de un plan trazado por Dios, ni al carácter divino que dió al hombre: unidad por ahora imperfecta, conmovida y agitada por la oposición de los intereses humanos; pero que se adelanta todos los días hácia su origen, sin embargo del conflicto de las pasiones, y se perfecciona con una insensible graduación en medio del trastorno y tumultuoso desorden que causan los que nacen y mueren, hasta que vuelva á ser incorporada en la gran unidad de quien recibe la fuerza que la sostiene en su tránsito admirable."

"¡Cuán bello es, Filemon, ver descender de un origen tan sublime el principio de las virtudes y obligaciones que nos impone el respectivo carácter de ciudadano, de padre, de esposo y de amigo! ¡y qué objeto tan sagrado y tan digno de nuestra veneración y amor es la sociedad mirada bajo de este augusto respecto! Mas ¿qué utilidad se le sigue de la irreligiosa filosofía, cuando hace ésta sus mayores esfuerzos para borrar de ella aquel

gran sello de perpetuidad y de gloria, impreso por la misma religión, queriéndola reducir á una masa aislada, informe y arrojada sin destino, en medio de la duración infinita que le precedió y debe seguirla? ¿No despoja esta filosofía extravagante á la sociedad, en cuyo bienestar pretende ocuparse, de toda la fuerza, verdad y santidad de los derechos que tiene á nuestro amor y sacrificio? Las leyes que nos unen con nuestros semejantes, y que nos hacen personales los bienes y los males de nuestros hermanos, ¿no pierden su más sólida y única sanción? Y esta peligrosa y falsa sabiduría, desnudando así el cuerpo social de su más gloriosa prerrogativa, que es no morir jamás, ¿no le hace titubear hasta en sus más profundos cimientos?

"Nunca, pues, confíes en la sinceridad, y mucho menos en la amistad de esos pretendidos apóstoles de la humanidad, que reducen todo nuestro destino al espacio de una apariencia rápida en medio de los demás hombres. Aquel que después de haber consolado á sus infelices hermanos, ó haber hecho algún servicio importante al público, no espera más recompensa que anonadarse irrevocablemente en un sepulcro, jamás apreciará á los que navegan con él hácia el mismo abismo, y estimará en nada á los que le han precedido, y han de seguirle en esta noche de horror y muerte eterna. La sociedad será para él un vil simulacro á quien, como de paso y casualmente, incensará alguna vez para cumplir con lo que exige la decencia, aunque interiormente lo desprecie y ultraje, y únicamente será un espectáculo respetable y augusto para el hombre religioso, acostumbrado á vivir en la presencia de aquel gran Dios para quien nada muere; de aquel gran Dios que hará que encuentre en su ciudad á sus parientes, hijos, conciudadanos, y á su patria; y que trasladará esta sociedad terrena al lugar de donde ya existía otra eterna, antes de la creación del universo, en los innumerables decretos del Altísimo."

“Así, pues, Filemon, esta gran familia, que nosotros llamamos *sociedad*, si la entendemos bien, y la consideramos en aquella total extension que tiene delante de Dios, que es el Padre, el centro y el vínculo de ella no se compone solamente de los que viven en nuestra edad y con nosotros, sino tambien de todas las generaciones que ya han desaparecido de la tierra, de todo lo que ahora es glorificado *en el esplendor de los santos*, de todos los justos que vivieron *en los siglos antiguos*, y de quienes decía San Pablo, como hablando con sus verdaderos conciudadanos y verdadera y única familia: *Vosotros habeis llegado ya á la montaña de Sion, en donde está la ciudad del Dios vivo, á la celestial Jerusalem*; en fin, de todo cuanto naciere de la estirpe de Adan, *hasta el fin de los tiempos*, y mereciere ser contado entre los *redimidos del Señor*. Esta es la causa porque la religion ofrece sus oraciones al Eterno, tanto por la felicidad de los que esperan la resurreccion en lo mas hondo de los sepulcros, cuanto por la salvacion de los que están presentes á sus ofrendas y sacrificios, no haciendo de unos y otros sino una sola generacion, de la que nadie ha perecido jamas, y en la que durarán todos tanto como Dios. No se limita tampoco á recordar solamente la memoria de los que dejaron señales indelebles de sus virtudes, como si los que les sobreviven no tuviesen ningun comercio con ellos; sino que presenta al Dios á quien adora, nuestra unidad y nuestra comunicacion íntima *con todos los que nos han precedido en la señal de la fé*, que es el motivo de la tierna confianza *con que nos presentamos delante del trono de la gracia*. Ella nos habla en sus templos, y en medio del grande y tremendo sacrificio que ofrece al Dios de los ejércitos, del justo Abel, de Adan, nuestro padre, del gran sacerdote Melchisedech, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, y de las santas vírgenes, como si fuesen expectadores de cuanto pasa entre nosotros,

é interviniesen en todo cuanto se hace actualmente para perfeccionar el cuerpo de Jesucristo, y completar el número de sus hermanos.”

“¡Qué manantial de consuelo y alegría para los hijos de Dios! ¡y qué recurso no encuentra la tierna y sensible naturaleza en medio de las separaciones y privaciones con que no cesa la muerte de afligirla! ¡Oh vosotros los que sois verdaderos padres, esposos, hermanos, hijos y amigos! vosotros que conoceis la ternura, entendeis lo que digo, y comprendéis cuán amable debe ser la religion á todos los buenos corazones, si se mira por este aspecto tan tierno y delicioso. ¡Oh fé divina! obra la mas perfecta y adorable, ¡cuán grande es tu poder para disipar el horror que nos causa la vista del sepulcro donde la inexorable muerte tiene encerrado el dulce objeto de nuestro cariño! ¡Qué luz tan brillante vemos resplandecer de lo alto de aquella gloria, á la cual va á parar el que ha espirado en nuestros brazos! ¡Oh tierno objeto de mis deseos! La felicidad de mi vida consistia en verte, conservarte y hacerte dichoso. . . . Tú desapareciste como un sueño, pero aun vives. . . . Mis ojos te miraban con singular complacencia en otro tiempo. . . . Ahora te contemplo enagenado; en tí amaba á mi misma sangre, te estrechaba contra mi corazon como una porcion preciosa y amable de mí mismo. Pero en el dia, postrado en tu presencia, te tributo una especie de culto al ver en tí un ser divinizado, incorruptible y eterno. Y vos, gran Dios, ante quien todo está vivo, ¿no es cierto que siempre que adoro vuestra magestad inmensa, vuelvo á poseer todo lo que me parecia haber perdido? Sí, en vos encuentro aquel hijo perdido, en vos le veo, le oigo, le halago y le abrazo en la misma fuente de la vida.”

“Te he hecho, Filemon, estas reflexiones para fijar en tí mas y mas el deseo que te anima de dedicarte á la edu-